

JONATHAN FREEDLAND

**EL
MAESTRO
DE LA
FUGA**



**EL HOMBRE QUE ESCAPÓ
DE AUSCHWITZ PARA
ALERTAR AL MUNDO**

 Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Escape Artist. The Man Who Broke Out of Auschwitz to Warn the World*

© 2022, Jonathan Freedland

© 2023, Traducción del inglés: David Paradela López

© 2023, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Eduardo Ramón Trejo

Fotografía del autor: © Philippa Gedge

Mapas: © Nicky Barneby, Barneby Ltd

Mapa Auschwitz I y leyendas del mapa Auschwitz II adaptados por © Nikola Zimring, base cartográfica de Rudolf Vrba Archives, LLC 2018, usados con permisos.

Primera edición impresa en España: febrero de 2023

ISBN: 978-84-08-26794-2

Primera edición en formato epub en México: abril de 2023

ISBN: 978-607-07-9923-5

Primera edición impresa en México: abril de 2023

ISBN: 978-607-07-9867-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Índice

Nota del autor	13
--------------------------	----

PRÓLOGO

7 de abril de 1944	23
------------------------------	----

PARTE I

LOS PREPARATIVOS

La estrella	37
Quinientos marcos imperiales	54
Deportación	66
Majdanek	76

PARTE II

EL CAMPO

«Éramos esclavos»	95
Kanada	117
La solución final	128

Un gran negocio	144
La rampa	159
Un chico memorioso	178
Birkenau	190
«Fue maravilloso»	207

PARTE III

LA FUGA

Escapar era de locos	225
Lecciones rusas	234
El escondite	245
«Deja ir a mi pueblo»	255
Bajo tierra	267
Fugitivos	274
Cruzar la frontera	289

PARTE IV

EL INFORME

Negro sobre blanco	309
Los hombres de Dios	326
«¿Qué puedo hacer?»	334
Londres fue informado	347
Salami húngaro	364

PARTE V

LA SOMBRA

Boda con pistolas	387
-----------------------------	-----

Una nueva nación, una nueva Inglaterra.	405
Canadá.	423
«Conozco otra salida».	438
Flores del vacío.	452
Demasiados para contarlos.	460
Agradecimientos.	479
Créditos de las imágenes.	483
Siglas	485
Notas	487
Bibliografía.	517
Índice.	525

1

La estrella

Siempre se había sabido especial. Todavía no era Rudolf Vrba, eso vendría después. Se llamaba Walter Rosenberg y no tenía más que mirar a los ojos de su madre para saber que era un niño único. Ilona Rosenberg había esperado desesperadamente su llegada desde hacía mucho tiempo. Ella ya era madrastra —su marido, Elías, tenía tres hijos de un matrimonio anterior—, pero no era lo mismo que abrazar a un bebé salido de sus entrañas. Llevaba diez años anhelando tener un hijo; los médicos le habían quitado todas las esperanzas. Por eso cuando Walter llegó al mundo el 11 de septiembre de 1924, su madre lo recibió como un milagro.

Ilona lo adoraba, al igual que sus hermanastros, dos niños y una niña, todos ellos más de diez mayores que él. Sammy y Fanci, en especial, parecían más un tío y una tía que un hermano y una hermana. El pequeño Walter, depositario de las atenciones que habitualmente se reservan a un hijo único, salió dotado de una precoz inteligencia. Tenía cuatro o cinco años cuando Fanci, deseosa de verse con su novio, lo dejó un día en el colegio donde trabajaba una

amiga suya para que alguien que no fuera ella pudiera vigilarlo. La idea era que el niño se quedara jugando o dibujando en un rincón, pero cuando volvió a recogerlo se encontró con que la maestra señalaba a Walter Rosenberg como ejemplo a los demás niños, algunos de los cuales le doblaban la edad.¹

—Miren qué bien hace su trabajo —les decía.

Cuando no era mucho mayor, su familia se lo encontró un día pasando las páginas de un periódico como si no fuera gran cosa.

Había nacido en Topol'čany, en el oeste de Eslovaquia, pero cerca del centro del nuevo Estado de Checoslovaquia, creado apenas seis años antes. Al poco tiempo, la familia vendió sus propiedades y se instaló en el extremo oriental del país, cerca de Ucrania, concretamente en Jaklovce, un rincón del mapa tan olvidado que hasta los trenes pasaban de largo sin detenerse, entre otras cosas porque no había estación, ni siquiera un andén. Fue el padre de Walter, propietario de un aserradero, quien construyó una estación con una modesta sala de espera, estructura que, para deleite de Walter, la familia utilizaba como choza o *sucá* durante la semana de otoño en que los judíos deben demostrar su fe en el Todopoderoso comiendo en cabañas provisionales, a la vista del cielo.

El joven Walter disfrutaba de la vida rural. La familia criaba pollos y tenía una gallina ponedora que ocupaba el lugar de honor. Un día, los padres se percataron de que faltaban huevos. Fanci recibió orden de montar guardia: a lo mejor había un zorro que asaltaba el gallinero. Una mañana, la muchacha descubrió que el culpable era un depre-

dador inesperado: por lo visto, a su hermano pequeño le había dado por escabullirse en el gallinero, robar los huevos y comérselos crudos.

Los Rosenberg no se quedaron mucho tiempo en aquella aldea. Elías murió cuando Walter tenía cuatro años, e Ilona regresó al oeste, donde la familia tenía sus raíces. Ahora debía ganarse la vida por su cuenta, así que empezó a trabajar como vendedora ambulante, suministrando o arreglando la lencería y la ropa interior que ella misma confeccionaba. Pero aquella no era la situación ideal para criar a un niño. Un día dejó a Walter con una amiga, una de esas mujeres a las que Ilona calificaba de «mantenidas». La mujer, que estaba furiosa con un hombre del que había sido amante y que la había abandonado, sobornó a Walter para que fingiera ser hijo ilegítimo suyo y se paseó con él por la ciudad, lamentándose a voces y repitiendo el nombre de aquel hombre aborrecible que los había abandonado a ella y al pequeño. La actuación de Walter fue recompensada con una visita a la panadería y el pastel que le gustara.

Después de eso, Ilona prefirió que su hijo se fuera a vivir a Nitra con los abuelos. La decisión se reveló acertada. Walter enseguida forjó un fuerte vínculo con su abuelo, que lo educó en las costumbres de un judaísmo estrictamente ortodoxo. De vez en cuando, hacía algún recado que lo obligaba a pasar por la casa del muy respetado rabino de la ciudad,² y los viernes acudía con su abuelo y otros hombres al río, que les servía como *micvé*, es decir, para realizar el baño ritual previo al *sabbat*.

A Walter le gustaba la tradición y amaba a sus abuelos: era feliz. El único nubarrón en el horizonte era una especie

de rivalidad fraterna con Max, su primo de Viena, un par de años mayor que él. Walter sabía que su abuelo estaba orgulloso de sus logros en el colegio, pero sospechaba que en el fondo Max era su favorito.

Al cabo de un tiempo, la abuela de Walter sufrió una caída y el abuelo decidió que no podía seguir criando solo al chiquillo, de modo que lo internaron en un orfanato judío de Bratislava. Allí volvió a impresionar a los profesores con su aplicación en los estudios. Cuando le preguntaban cuáles eran sus aficiones, respondía que los idiomas y la lectura, aunque también encontraba tiempo para jugar fútbol. El director le sugirió a Ilona que inscribiera a su hijo en una de las escuelas de élite de la ciudad. Eso implicaba establecerse de manera permanente en Bratislava y contratar a alguna joven para que ejerciera como tutora de Walter durante los periodos en que ella estuviera de viaje, pero Ilona estaba resuelta a hacer lo que fuera para que su hijo tuviera lo mejor.

Hay una fotografía del otoño de 1935 en la que vemos a Walter con sus compañeros de clase y vislumbramos ya al hombre en que se acabaría convirtiendo. Solo tiene once años y parece algo nervioso, pero irradia cierta presencia. Lleva el cabello oscuro peinado hacia un lado, y luce ya esas pobladas cejas que lo acompañarán de por vida. Está sentado con la espalda recta, mirando al objetivo con intensidad. El resto de los chicos hacen lo que les han dicho y posan con los brazos cruzados. Pero Walter no.

Seguía llevando el *talit*, el chaleco tradicional de los varones judíos devotos, pero su madre le había hecho una faja para que no se le vieran los hilos o *tzitzit*. Los *peyot* o rizos, que Walter seguramente lucía cuando vivía en Nitra, ha-

bían desaparecido. Por primera vez, era libre de tomar sus propias decisiones en materia religiosa, sin el influjo de su abuelo ni del orfanato. Una tarde, paseando por las calles de Bratislava con algo de dinero en el bolsillo, decidió poner a Dios a prueba: entró en un restaurante y pidió carne de cerdo. Dio un bocado y esperó a que lo fulminara un rayo.³ Como el rayo no caía, el muchacho decidió tomar un nuevo camino.

Los alumnos de la escuela podían elegir su formación religiosa: católica, luterana, judía o ninguna.⁴ Walter eligió ninguna. En sus documentos de identidad, en el espacio reservado para la nacionalidad, podría haber puesto la palabra *judío*, pero en lugar de ello eligió *checoslovaco*. Ahora, en el colegio, ya no solo estaba aprendiendo alemán, sino también alto alemán (había llegado a un trato con un alumno emigrado: cada cual le daría al otro lecciones avanzadas de su lengua materna). En la foto de clase de 1936, se lo ve con una expresión segura, incluso altanera. Tiene la mirada fija en el futuro.

Sin embargo, en la fotografía del curso 1938-1939 no encontramos ya el menor rastro de Walter Rosenberg. Todo había cambiado, hasta la forma del país. Tras los Acuerdos de Múnich de 1938, Adolf Hitler y sus aliados húngaros se habían repartido Checoslovaquia y, en la primavera de 1939, lo que quedaba del país estaba fragmentado. Eslovaquia se presentaba como una república independiente, aunque en realidad era una criatura concebida con el beneplácito y la protección del Tercer Reich, que veía en la ultranacionalista Guardia de Hlinka, perteneciente al Partido Popular Eslovaco, un reflejo de sí mismo. Al final, los

nazis se anexionaron e invadieron el resto del territorio checo e instauraron el Protectorado de Bohemia y Moravia. Hungría, por su parte, se apoderó de un último trozo del país. Terminado el reparto, los habitantes de lo que había sido Checoslovaquia quedaron, en mayor o menor medida, a merced de Adolf Hitler.

En Eslovaquia, el adolescente Walter Rosenberg notó el cambio de inmediato. Le comunicaron que, independientemente de su elección en la materia de estudios religiosos o de lo que hubiera puesto en la casilla correspondiente a «nacionalidad», satisfacía la definición jurídica de judío y era mayor de trece años; por consiguiente, su plaza en la escuela de Bratislava ya no estaba disponible. Su formación había concluido.

De un lado a otro del país, los judíos como Walter comprendieron que, a pesar de que el nuevo jefe del Gobierno era un sacerdote católico —el padre Jozef Tiso—, la religión estatal de la república recién nacida era el nazismo, en su variante eslovaca. Según el inmutable credo de los antisemitas, los judíos no solo eran poco fiables, indignos de confianza e irremisiblemente extranjeros,⁵ sino que además poseían poderes casi sobrenaturales que les permitían ejercer una influencia social y económica desproporcionada en comparación con el tamaño de su comunidad. Por supuesto, las autoridades de Bratislava se apresuraron a culpar a la minúscula minoría judía del país —89 000 personas en una población de 2,5 millones de habitantes— de la suerte que le había tocado a la nación, incluida la pérdida de su preciado territorio a manos de Hungría. Aparecieron carteles propagandísticos pegados en las paredes de ladrillo; uno de ellos mostraba

a un eslovaco joven y orgulloso, vestido con el uniforme negro de la Guardia de Hlinka, dándole una patada en el trasero a un judío con rizos y nariz aguileña, al cual se le caía una faltriquera al suelo. En su primer discurso radiofónico como líder de la nueva república independiente, Tiso hizo una sola promesa política firme: resolver la cuestión judía.

Tras la expulsión de Walter de la escuela, Ilona dejó su trabajo como vendedora ambulante y los dos se trasladaron a Trnava, una pequeña ciudad cincuenta kilómetros al este de Bratislava. Después de haber residido en la capital, el cambio fue duro: las múltiples callejuelas de Trnava convergían en una plaza central llamada de la Santísima Trinidad —dominada no por una, sino dos iglesias—, en torno a la cual giraba toda la vida. En verano, la ciudad se convertía en una nube de calor y polvo, la plaza del mercado apestaba a estiércol, heno y sudor humano, y el tufo que emanaba de la cercana fábrica de azúcar donde se procesaba la remolacha lo impregnaba todo. Aun así, uno podía evadirse en el campo, con sus campos de trigo maduro y sus brisas frescas a solo un paseo en bicicleta.⁶

Pero si los Rosenberg, madre e hijo, esperaban encontrar allí un refugio, se habían equivocado de sitio. La determinación del Gobierno de abordar la llamada *cuestión judía* llegó hasta la pequeña ciudad de Trnava, con una comunidad de menos de tres mil judíos y dos sinagogas situadas a pocos metros una de la otra. A decir verdad, las buenas gentes de Trnava tampoco necesitaban que las azuzaran mucho: en diciembre de 1938, pocas semanas después de que Eslovaquia obtuviera la autonomía, habían prendido fuego a ambas sinagogas.⁷

Walter se integró enseguida en un grupo de adolescentes judíos que, como él, habían sido apartados de la enseñanza. El primer día de clase, los colegios habían colgado en la puerta unos letreros donde se informaba de que no se admitía ni a judíos ni a checos, y los antiguos amigos de estos coreaban: «Fuera judíos, fuera checos».⁸ A partir de entonces, Walter y los demás jóvenes judíos de Trnava —los de octavo grado en adelante— quedaron abandonados a su suerte y, al no tener clases a las que asistir ni sitio adonde ir, pasaban el tiempo deambulando por la ciudad. Según la nueva legislación, incluso tenían prohibido estudiar por su cuenta. Tanto es así, que Walter y su amigo Erwin Eisler tuvieron que presentarse un día en el edificio del ayuntamiento para entregar sus libros de texto, en cumplimiento de una orden destinada a evitar la amenaza de que los niños judíos estudiaran en casa. Walter cumplió a rajatabla y entregó sus libros, pero su amigo lo sorprendió. Normalmente, Erwin era un muchacho tímido que se sonrojaba ante la mera mención de las chicas y buscaba siempre alguna excusa para no ir con la pandilla al café del barrio. Sin embargo, ese día dio muestras de un valor inesperado.

—No te preocupes —susurró—. Todavía tengo el libro de química.

Se había quedado uno de los dos volúmenes de química inorgánica y orgánica del científico checo Emil Votoček.⁹ A partir de entonces, Walter y Erwin se dedicaron a estudiar con ese manual y a adquirir en secreto los conocimientos que su propio país se empeñaba en negarles.

Los muchachos estudiaban allá donde podían. A veces se reunían en un prado conocido como la Laguna por haber

sido tal en el pasado; allí se sentaban y trataban de hallar sentido a un mundo que parecía haberse vuelto del revés. Walter no tardó en convertirse en una presencia dominante, ya que su inteligencia lo hacía destacar. Gerta Sidonová, una niña de trece años, se sentía cada vez más fascinada por él y escuchaba embelesada todo lo que decía. Los padres de Gerta lo contrataron como profesor particular, aunque sin duda a la joven le costaba concentrarse en las explicaciones.¹⁰ Ella tenía la esperanza de acabar siendo su novia, pero las intenciones de Walter no estaban claras. Un día concertaron una cita, pero él la dejó plantada, cosa que Gerta le reprochó. Walter alegó que había acudido a la cita, pero que al acercarse había visto que ella llevaba puesto un sombrero de pompones, así que había dado media vuelta y se había ido en dirección contraria.¹¹ Le dijo que con ese sombrero parecía una niña de nueve años. Él tenía quince y no quería que lo vieran con una mocosa.

Los adolescentes judíos de Trnava tenían pocas opciones fuera de su círculo. Tanto ellos como sus familias se fueron quedando al margen de la vida de la ciudad que había sido su hogar. En el resto del país se repetía el mismo patrón. El régimen de Tiso estaba decidido a arruinar y aislar a los judíos, primero vetándolos de la función pública y después imponiendo cuotas a su presencia en las profesiones liberales. Con el tiempo, se prohibió que los judíos poseyeran automóviles, radios o incluso material deportivo. Cada nueva ordenanza se publicaba en una tabla de anuncios del centro de la ciudad que los judíos consultaban a diario para ver qué nueva humillación les esperaba.¹²

Walter y su madre no tenían patrimonio ninguno, pero los judíos con propiedades se vieron despojados de ellas poco a poco: primero les confiscaron las tierras, luego les expropiaron los negocios. *Arianización*, lo llamaban las autoridades. El padre de Gerta trató de conservar su carnicería poniendo como titular de esta a un ayudante que había tenido la astucia de afiliarse al Partido Popular Eslovaco.¹³ Era lo que se conocía como *arianización voluntaria*, en virtud de la cual las empresas de propiedad judía cedían una participación de al menos el 51 % a un «candidato cristiano cualificado». La terminología del programa era un tanto impropia, ya que los nazis no consideraban arios a los eslovacos, sino que los clasificaban entre los eslavos, y como tales eran de todo punto *Untermenschen*, infrahumanos. Con todo, se los consideraba superiores a los judíos, y eso era lo importante.

Las golpizas se convirtieron en algo habitual. Se propinaban sobre todo a los judíos, pero a veces también a los gentiles que no atormentaban a sus vecinos judíos con el cuidado requerido. Los paramilitares nacionalsocialistas presionaban a los habitantes de Trnava y del resto de los pueblos y ciudades eslovacos para que boicotearan los negocios judíos y a la población hebrea en general.

No había dónde esconderse, ni siquiera dentro de la propia casa a puerta cerrada. A partir de 1940 —mientras los londinenses soportaban los bombardeos aéreos nocturnos de lo que enseguida daría en conocerse como el *Blitz*—, los gendarmes eslovacos trasladaron la política de expropiación de propiedades judías a un nivel más directo y literal. Entraban en los hogares judíos y los saqueaban, y los niños

no podían hacer más que quedarse mirando. Podían llevarse una raqueta de tenis, un abrigo, una cámara de fotos o alguna preciada reliquia familiar, o incluso, como ocurrió en al menos un caso, un piano. A veces se aventuraban fuera de la ciudad, y si daban con una granja familiar de propiedad judía, requisaban los animales. Se había abierto la veda.¹⁴ Todo lo que fuera de los judíos podían quedárselo los eslovacos.

Pero aquello era apenas el principio de la nueva república. Cuando Walter cumplió diecisiete años, en septiembre de 1941, el Gobierno de Tiso introdujo su particular versión de las leyes de Núremberg: el Código Judío. A partir de entonces, a los judíos se les prohibía participar en actos públicos, clubes y organizaciones sociales de cualquier tipo. Solo se les permitía salir o hacer compras dentro de unos horarios establecidos. Solo podían desplazarse hasta una determinada distancia. Si adquirían propiedades, estaban sujetos a un recargo del 20 %: una tasa judía. Tampoco podían elegir libremente dónde vivir: estaban obligados a residir en ciertas calles, un primer paso hacia la creación de guetos. El titular de un periódico progubernamental se jactaba de que, dentro de la tácita competición existente entre los Estados fascistas, «las leyes antijudías de Eslovaquia son las más estrictas».¹⁵

Pero el cambio que tuvo un efecto más inmediato y visible sobre Walter fue también el más crudo. En adelante, todos los judíos de Eslovaquia mayores de seis años tendrían que identificarse con una estrella de David amarilla de quince centímetros de diámetro en el exterior de la ropa.¹⁶ Si a Walter y los demás niños judíos les daba por aparecer por la

pista de patinaje o por el cine de Trnava, bastaba con ver la estrella amarilla para expulsarlos. Mientras sus amigos de antes salían hasta tarde por la calle principal, los judíos estaban sujetos a toque de queda. A partir de las nueve de la noche, no podían dejarse ver en ningún lado.

Walter no se rebeló contra ninguna de esas normas. Ni siquiera se escandalizó, acaso porque el torniquete había ido apretándose despacio, con el tiempo, de suerte que cada nuevo tirón no parecía tan extraordinario si se tenía en cuenta el anterior. Sea cual sea la explicación, Walter aceptó llevar la estrella amarilla igual que aceptó que, dado que no podía seguir estudiando, necesitaba encontrar empleo. Desempeñó algún que otro trabajo manual, pero los patrones solo contrataban a judíos cuando no había nadie más disponible. Cualquier judío que tuviera la suerte de conseguir empleo recibía el jornal más bajo, pues había dos escalas salariales, una para los judíos y otra para los demás.

Así pasaba la vida el adolescente Walter Rosenberg: comiendo *schnitzel* con papas fritas en la angosta cocina de la casa donde vivían él y su madre; intentando aprender nuevos idiomas —además de los que ya hablaba: alemán, checo, eslovaco y un húngaro algo rudimentario—, normalmente con la ayuda de un manual bastante gastado; reuniéndose con sus amigos en la Laguna; debatiendo los méritos de los *-ismos* del momento; discutiendo sobre si sería el socialismo, el comunismo, el liberalismo o el sionismo el que acudiría a rescatarlos. Por un lado, el orgulloso y esperanzador mensaje del sionismo era un bálsamo para esos jóvenes judíos machacados por la humillación y la exclusión diarias.¹⁷ Por otro, seguramente el sionismo fuera otro nacionalismo condenado a fracasar en un mundo

que solo tenía arreglo a través de la fraternidad universal; además, ¿no eran los socialistas quienes lideraban la lucha contra el nazismo?¹⁸ Y en esas discusiones pasaban las largas horas que compartían juntos, ninguneados por sus vecinos y marcados por la estrella amarilla que lucían en el pecho.

Y pese a todo, no dejaban de ser adolescentes. También encontraban tiempo para reír y para coquetear, para que los chicos fueran tras las chicas y las chicas tras los chicos, y para que unos y otros se rompieran el corazón. Walter no era alto —no llegaba al metro setenta—, pero se comportaba como si lo fuera. Las cejas oscuras, el cabello espeso y la sonrisa amplia y traviesa contribuían a que nunca le faltara atención.

Entonces, en febrero de 1942, llegó la carta. Parecía una citación judicial o un aviso de reclutamiento militar. En ella se le ordenaba a Walter que se presentara tal día, a tal hora y en tal lugar con un equipaje de no más de veinticinco kilos y que no contuviera oro.¹⁹ El mensaje era bastante claro. El país de Walter ya no se contentaba con acorralarlos a él y al resto de los judíos en espacios cada vez más reducidos en los que no había ni trabajo ni oportunidades. Ahora quería desterrarlos definitivamente. Los judíos iban a ser despojados de su ciudadanía y enviados al otro lado de la frontera, a Polonia, donde los alojarían en un lugar que Walter y los demás imaginaban como una especie de «reserva», como esas tierras valladas que decían que había en América y donde solo vivían los «indios».

La orden estaba redactada en un lenguaje cordial, incluso amable. Los judíos no iban a ser «deportados», ni mucho menos expulsados. No, lo que iban a hacer era «reasentarlos». Y ni siquiera a todos los judíos. Solo a los varones, solo a los sa-

nos y solo a los de edades comprendidas entre los dieciséis y los treinta años. Si accedían a irse voluntariamente, en silencio y sin armar revuelo, a sus familias no les pasaría nada, se les permitiría quedarse y reunirse con ellos más adelante.²⁰ En cuanto al oro, las razones de la prohibición eran obvias: los judíos que tenían oro lo habían obtenido sin duda mediante argucias y no con el sudor de su frente; por tanto, todo ese oro era patrimonio legítimo de la nación eslovaca, a la que, con independencia de dónde hubieran nacido o cuán antigua fuera su ciudadanía, los judíos ya no pertenecían.

Todo formaba parte del plan ejecutado con el visto bueno de un oficial de las SS, el *Hauptsturmführer* Dieter Wisliceny, enviado a Bratislava desde Berlín casi dos años antes. La estrategia era muy sencilla: dejar a los judíos sin recursos confiscando sus propiedades, decomisando sus bienes e impidiéndoles ganarse la vida, y luego señalarlos como un lastre económico para la hacendosa y sufrida nación eslovaca. Cuando había judíos ricos, ya era fácil tacharlos de parásitos; ahora que no tenían nada, sería aún más fácil. Según las previsiones del Gobierno del Partido Popular Eslovaco y sus padrinos alemanes —hermanos en el nacionalsocialismo—, cuando los judíos hubieran sido abocados a la miseria, la población eslovaca accedería encantada a que los arrojasen al otro lado de la frontera. Y, por supuesto, tenía sentido empezar por los jóvenes como Walter. Si el Gobierno aspiraba a librar a la nación de toda una minoría, lo mejor era eliminar primero a los más sanos y fuertes, los que podían integrar el núcleo de cualquier futura resistencia.²¹

Walter se quedó mirando la carta que acababa de llegar y en la que se le decía dónde y cuándo debía presentarse. El

invierno de 1942 empezaba a ceder ante la primavera incipiente, y Walter solo sabía que se negaba a que lo expulsasen de su país. Aquella orden le parecía una estupidez.²² No, no iba a permitir que lo facturaran en un tren con destino desconocido. Ni hablar. Había nacido en Eslovaquia, el eslovaco era su lengua materna. Era eslovaco. No iba a dejar que lo arrojaran por ahí como si fuera un saco de basura, dejando a su madre indefensa.²³ Esa noche, mientras Ilona preparaba la invariable cena a base de *schnitzel* y *strudel* de manzana, Walter le comunicó su decisión.

—Me voy a Inglaterra —anunció—. Pienso alistarme en el Ejército checoslovaco en el exilio.

Su madre lo miró como si hubiera perdido el juicio. Discutieron durante una hora, él en una habitación y ella al lado, en la cocina. A intervalos, por encima del entrechocar de ollas y sartenes, Ilona dejaba escapar una expresión de burla ante semejante ocurrencia.

—Ya puestos, ¿por qué no te subes a la luna y te cortas un trozo de queso verde? Eso sí, ¡vuelve a tiempo para la cena!²⁴

A Ilona, aquello le parecía típico de su hijo y de sus disparatados planes, como aquella locura de aprender inglés y ruso por su cuenta.

—¡Ruso! ¿Por qué no sientas la cabeza como todo el mundo y te pones a aprender un oficio decente?

En aquellos tiempos, había un hombre en la vida de Ilona. Era cerrajero.²⁵ Ella decía que era una ocupación perfectamente respetable. Pero no, Walter siempre tenía que hacer lo que le daba la gana.

—No sé a quién has salido tú. Desde luego no a mi parte de la familia.²⁶

Ilona le preguntó cómo se proponía llegar a Inglaterra.

—Pasando por Hungría —respondió él. El Gobierno de Budapest era aliado de los nazis, sí, pero por lo menos Hungría no deportaba a sus judíos—. Después, por Yugoslavia.

Eso dio pie a otra ronda de discusiones durante la cual Walter no supo especificar cómo atravesaría la Europa ocupada, si por tierra o por mar, ni cómo llegaría finalmente a Inglaterra. Sin embargo, tenía un plan de contingencia por si no conseguía ir más lejos de Yugoslavia: se alistaría con los partisanos liderados por Josip Tito y lucharía con la resistencia.

Más ruido de cacerolas. La conversación empezaba a girar en círculos. Ilona estaba convencida de que aquello era una locura, una misión tan demencial como volar a las estrellas, y con las mismas posibilidades de éxito. Pero Walter no daba el brazo a torcer. Finalmente, la miró a la cara y, con voz firme y serena, le dijo:

—Mamá, no me van a deportar como a un ternero en un vagón.

El ruido y los gritos cesaron. Ilona Rosenberg comprendió que la decisión estaba tomada.

A partir de entonces, se convirtió en su cómplice, lo ayudó a conseguir la ropa que pudiera necesitar y reunió el poco dinero que tenía. También le dio una solución a su problema más inmediato: cómo salir de Trnava y llegar a Sered', ciudad que cinco años antes se encontraba en el corazón de Eslovaquia, pero que ahora lindaba con la frontera húngara.

—Tendrás que ir en taxi —dijo.²⁷

Ahora era a Walter a quien le gustaba señalar que aquello era absurdo. ¿Dónde se había visto que alguien llamara a un taxi para huir hacia la libertad?

Pero Ilona no veía otra manera. Conocían a un conductor que podía estar dispuesto a hacerlo, a pesar del riesgo que aquello implicaba: llevar tan lejos a un judío estaba terminantemente prohibido. No obstante, en Trnava todavía quedaba gente que no había olvidado a quienes en otra época consideraba sus vecinos, y algunos incluso recordaban las deudas de la amistad.

Y así fue como, una noche de principios de marzo de 1942, el joven Walter Rosenberg acabó en los desgastados asientos de cuero de uno de los pocos automóviles de Trnava, una ciudad en la que lo habitual eran los carruajes de caballos, en dirección a la frontera húngara. No miró hacia atrás. Ni pensaba en el pasado ni se imaginaba el futuro; debía centrarse en lo que tenía que hacer ahora mismo, en el presente.

Bajó la mirada y arrancó la estrella amarilla del abrigo.